

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Tomo L

San José, Costa Rica

1958

Mayo

Nº 5

Año 36 — Nº 1185

Mis Recuerdos de Juan Ramón Jiménez

Por Luis Alberto SANCHEZ
(Envío del autor)

Mis primeros recuerdos de Juan Ramón Jiménez datan de 1916; mi conocimiento amistoso de él, sólo de 1951. Lo primero se lo debí a mi amigo Eloy Espinoza Saldaña, con quien no he saldado aún tal cuenta; lo segundo, a mi mujer.

Los Días de «Colonida»

En 1916, estaba de moda el Paseo Colón, en Lima. Por la tarde, hacia la hora del véspero, se poblaba de carruajes y peatones. Naturalmente, nosotros, los estudiantes estábamos entre los últimos. Cerca, como antesala, brindaba la sombra de sus viejos ficus y sus bancas rústicas, en torno a un Neptuno imbatible, el Parque de Neptuno. Allí se reunían Valdelomar y sus admiradores y compañeros a cambiar frases ingeniosas, lecturas de cuentos y poemas, planear revistas literarias y divulgar chismes políticos. Yo cursaba mi último año del Colegio de los Sagrados Corazones, pero mis amigos estaban ya en la Universidad. Me debatía en una intensa fiebre literaria. Leía como un desesperado, todo cuanto caía entre mis manos. Eloy, hermano de Adán, que hizo famoso el seudónimo de «Juan del Carpio», nos llevaba la ventaja de disponer de la selectísima biblioteca de aquél. El fué quien nos dió a leer «Arias tristes» y «Jardines lejanos», en unas ediciones pulquérrimas, en cuyas primeras páginas se registraba una pieza musical. Ahí aprendimos el sortilegio de los «malvas», «rosas», «resedas», «parques», «alamedas», «lunas», «pianos», «boscajes», que alimentaban los ensueños de Juan Ramón. Era el año de la muerte de Rubén Darío, de que nos alivió la presencia de Jiménez. No lo habría éste pedido mejor: cruzarse en el camino de Darío, a quien amó tan tiernamente y a quien celó sin duda. Desde entonces tuve en los oídos y la retina la vaga música y los suaves paisajes de Juan Ramón Jiménez.

Sorprendió la muerte a don Joaquín García Monge el 31 de Octubre 1958 a los 77 años de su vida.

Devotamente ponemos en sus manos la última selección de lecturas que el Maestro «hasta el fin de sus días» compuso para los lectores que en tantos sitios apreciaron su original y esclarecida guía.

Sin par «Promotor de Cultura» fué!

El presente tomo se terminará con un número especial el 20 de Enero 1959, aniversario de don Joaquín, editado por su hijo.

E. G. C.

J. R. J. en Puerto Rico

En 1951, profesaba yo en la Universidad de Puerto Rico. El Rector Benítez, el mismo que, con fineza ejemplar me anunció por cable el deceso de Zenobia, primero, y de Juan Ramón, después, nos había anunciado como inminente la llegada del poeta. Nos habíamos cruzado en Buenos Aires, sin vernos, dos años antes. Como Juan Ramón era tan difícil, tan delicado y áspero a la vez, y como yo dispongo de cierta capacidad de premonición, me parecía que no íbamos a simpatizar. Creo que no me equivoqué del todo. Pero, mi mujer, por intermedio de Zenobia, de quien fuera amiguísima, nos acercó. Fuimos jun-

tos a verle, una tarde en su casita de Santurce. Estaba Juan Ramón de blanco: traje, camisa, corbata, rostro y, aunque tachonada de ceniza, las barbas. Los ojos brillaban profundos y penetrantes. Ojos de niño, afebrados. Nos ofreció una bebida fresca que él mismo fue a traer de la refrigeradora, mientras Zenobia disponía de otro agasajo. Hablamos de América, claro. El me dijo que nuestro mejor descubrimiento literario seguía siendo para él, la prosa modernista y el cuento. Yo le referí que estaba en conversaciones con Jorge Mañach y con Carlos Bousoño, indistintamente, para hacer una antología del ensayo y de la prosa literaria modernista, respectivamente. Aplaudió la idea, con sus naturales reticencias. Como decía un amigo común: «Cuando Juan Ramón hablaba mal de algo, lo hacía muy bien». Lo hizo optimamente.

Después nos tratamos más. Zenobia acudía a menudo por mi barrio, para irse de compras con Rosa, y se entretenían en hablar de las mil cosas inaccesibles de que suelen hablar las mujeres. De cuando en cuando Juan Ramón, que acompañaba Zenobia en el auto que ésta guiaba, me daba audiencia. Lo hacía con dulzura y señorío. Empezamos a ser amigos.

La Muerte amiga

Pero, Juan Ramón vivía obsesionado por la idea de la muerte. Eso tenía muy larga data. Don Luis de Zulueta, que le conoció en Madrid, allá por principios de siglo, es decir, cuando el poeta tenía veinticinco años me refería que ello fué en el consultorio de un médico, al que el joven recién llegado de Moguer y de París, iba a consultar a propósito de una real o supuesta enfermedad al corazón, de que mentalmente no se curó jamás. Una de las más peregrinas anécdotas de Jiménez se refiere a esa obsesión suya, y a la presencia en su Casa de Huéspedes de la Universidad de Puerto Rico, del poeta y filósofo chileno Luis Oyarzún. Pero habrá tiempo de referirla. Mientras tanto, Zenobia desmejoraba. Mi mujer me dijo un día

ACADEMIA DE MATEMATICA

dirigida por

RAFAEL ANGEL LLUBERE

PROFESOR DE ESTADO

Especialidad en la enseñanza moderna del Álgebra, Geometría
Trigonometría, Álgebra Superior y Cálculo Infinitesimal

Barrio Aranjuez

Teléfono 3963

que la iban a operar en un hospital de la Isla. Con su inagotable generosidad, Rosa acudió temprano a la clínica mientras yo me dirigía a mi clase. De vuelta, me contó las impresiones de Juan Ramón. Si mal no recuerdo, los médicos habían diagnosticado un tumor a Zenobia. Sus dimensiones y condición exigían operación inmediata, y en el hospital especial de Massachusetts, cerca de Harvard, donde fueran operados, tardíamente, Pedro Salinas y Amado Alonso. Juan Ramón, incapaz de resignarse y de dar una explicación prosaica, atribuía todo al clima: «Aquí, en el trópico, todo crece desmesuradamente: echa usted una semilla y se le vuelve enseguida árbol; tiene usted una enfermedad, y se le vuelve un mal terrible; este clima es siempre exagerado». No tardé en ir a visitarles. Juan Ramón estaba más reconcentrado que nunca. Supo que yo me iba a Chile, de vacaciones, a operarme de cataratas. Me llamó la atención su interés por dictar mi curso sobre Modernismo. Me pareció estupendo. Después supe que en vísperas de que Federico de Onís se incorporase al claustro puertorriqueño, en la misma cátedra, Juan Ramón había dictado varias lecciones cuya teoría pugnaba con las de don Federico, que celebró con buen humor la intención y brillante interferencia.

Zenobia tuvo que irse a Boston. Juan Ramón, replegado de pena, se sentía morir, a causa de su herido corazón. Los médicos le tenían prohibido correr y subir escaleras. Llegó la mañana en que partía el avión de Zenobia. Al regreso del aeropuerto de Isla Grande, mi mujer me trajo un reveladorísimo chisme del poeta. Había ido éste hasta el lugar de partida llevando un clavel, sólo un clavel, a Zenobia. Y cuando ella traspuso la puerta que da al campo, él, sin acordarse del corazón ni de nada, corrió

como un niño al observatorio de los altos (unos buenos 40 peldaños, empinados) para verla partir. Abajo le esperaban todos sorprendidos y consternados de la hazaña. El se dió cuenta entonces de su atrevimiento, y empezó a acezar fatigosamente. No era un enfermo imaginario, pero, sí, un enfermo con muchísima imaginación.

La víspera de nuestra partida, ya de vuelta Zenobia, sentenciada a dos o tres años de vida, quiso Juan Ramón llevarnos un ejemplar de «Platero y yo», firmado por él, para corresponder a las atenciones de Rosa. Ya nos había obsequado con otros libros suyos autografiados. Llegó la hora de salir, y no había llegado el libro. Dos años después supimos que él lo había tirado por la ventana, pero nadie sabe quién lo recogió. Sería prodigioso que el apresurado captor de aquella joya, hoy más que nunca insustituible, leyera estas líneas y sintiera tocado su corazón. No lo espero.

Más tarde, en 1955, volvimos a vernos, muy de paso. Zenobia no podía salir tanto ni manejar su auto. Juan Ramón iba sintiéndose huérfano de día en día. Hablamos de un automóvil a otro, pero ya no se reanudaron aquellas largas charlas de años pasados, en que, entre reticencias y medias palabras, celebrábamos severos procesos a los escritores de su tiempo y del mío. Recuerdo que me expuso su plan de coleccionar toda su obra, pero empezando por la producción más reciente y terminando por la más antigua. Hubo una breve referencia al episodio de Georgina Hubner. Fué muy de soslayo, y sentí que a Juan Ramón le escocía aún la irreflexiva crueldad de aquel grupo de escritores jóvenes peruanos, que le hizo objeto de tan impensada bafa. Llegó a pensar que todos los peruanos éramos para Juan Ramón, un poco cómplices del amargo caso . . .

Ahora, cuando un cable de Benitez me dió cuenta del fallecimiento sólo atiné a escribir veinte líneas de las que despierto ahora. Me han dicho que muchos quisieran conocer mi opinión sobre el poeta: apenas puedo todavía describir mi recuerdo del hombre.

Significado de su lírica

¿Qué significa Juan Ramón Jiménez en la lírica del idioma? Es en la magnífica «Antología» de Onís (1934, no la de 1956) donde este significado aparece con prístina claridad. De los numerosos y excelentes poetas ahí seleccionados, sólo dos reciben el honor de una sección especial: Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez. Acertado paralelo. Si bien es cierto que a Rubén corresponde la primacía (había nacido en 1867, y fué determinante en la vocación de Juan Ramón, según se desprende del epistolario de ambos), le corresponde a Juan Ramón (nacido en 1881, es decir, catorce años después), el haber retorcido el cuello a la elocuencia, según el consejo verleniano, y abierto la vía a un arte asordinado, de mediostonos, crepuscular y sutil, inapto para la oratoria. Ya lo decía el poeta andaluz: Rubén trajo el parnasianismo, Machado y yo el simbolismo. Ciertamente, pero sólo en parte. El Rubén de «Cantos de vida y esperanza» (1905) había quebrado su amistad con la grandilocuencia, aunque todavía conservase metálicos acentos en sus odas a ciertos personajes de la vida real. (Roosevelt, el Rey Oscar, más tarde Mitre).

Juan Ramón señalaba como ineludible la impronta de Gustavo Adolfo Bécquer, en su poesía. No del Bécquer usual, sino de ese otro Bécquer secreto, de que con tanto acierto ha escrito Enrique Peña Barrenechea en un estudio no concluído aún según me parece. Bécquer, quizás el usual antes que el secreto, preside los primeros pasos de la poesía de Darío, según se ve en «Abrojos» y aún en «Azul» (1888). Más, de seguro, Jiménez recogió ese no bien explicado mensaje becqueriano, que puebla la poesía de seres fantásticos y huye de la rima como de un feo estribillo.

La obra toda de Juan Ramón cumple con las apenas respuntadas indicaciones del sevillano padre de las «Rimas». Fué y es una poesía de matices y esguinces.

La «Tercera Antología»

Tenemos a la vista su «Tercera Antología Poética» (Madrid 1957), que lleva como cifras indicadoras las de 1898 y 1953, y un retrato por Sorolla, de Zenobia Camprubí Aymar. Cubre toda la órbita que media entre el volumen «Poesía» (1898) y «Ríos que se van» (1953). Son 39 libros los ahí seleccionados. En el prólogo expone Juan Ramón su criterio sobre su arte, reproduciendo lo ya dicho a don Manuel Morente, casi cuarenta años atrás: «¿Qué es entonces sencillez y qué espontaneidad? Sencillo entiendo que es lo conseguido con los menos elementos; espontáneo, lo creado sin «esfuerzo». Pero es que lo bello conseguido con los menos elementos sólo puede ser fruto de plenitud, y lo espontáneo de un espíritu cultivado no puede ser más que lo perfecto . . . La perfección en arte es la espontaneidad, la sencillez del espíritu cultivado».

Más, he aquí el prodigio: la primera composición de Juan Ramón es ya perfecta, por sencilla, espontánea y plena. Dice así — y data de 1898.

Alba

Se paraba
la rueda
de la noche . . .

Vagos ángeles malvas
apagaban las verdes estrellas.
Una cinta tranquila
de suaves violetas
abrazaba amorosa
a la pálida tierra.

Suspiraban las flores al salir
de su ensueño
embriagando el rocío de esencias.
Y en la fresca orilla de helechos
rosados,
como dos almas perlas,
descansaban dormidas
nuestras dos inocencias
—¡oh qué abrazo tan blanco y
tan puro!—
de retorno a las tierras eternas.

Es increíble casi. Pero, los tonos, colores, melodía, obsesión, suavidad, sencillez, que aparecen en estos versos de los 17 años, mantendrán su vigencia, quintaesenciándose hasta los que escriba a los 77, o sea, sesenta años después. Pero, sin monotonía, entiéndase, con esa incomparable e insustituible frescura del verdadero poeta. Después vendrá la gracia a acrecentar esos logros. Vendrán las maravillosas acuarelas de sus Parques, don-

de cada palabra responde a un deber estético, donde cada adjetivo se ajusta como la piel al hueso, transparente y vivaz.

Y allá sobre las magnolias
en el traslúcido cielo
de la tarde, brilla y tiembla
una lágrima lucero.
El jardín vuelve a sumirse
en melancólico sueño,
y un ruiseñor, dulce y alto,
gime en el hondo silencio.

O esta suavísima queja de «Nocturno»:

¡Qué triste es llorar, sin ojos
que contesten nuestras lágrimas,
estando toda la noche,
como unos ojos mirándolas!

O esa endecha de ternura infantil

Y me ofreció su mejilla
como quien pierde un tesoro.

Esta sencillez prístina y precoz, plenitud de maestro, devuelve al romance español toda su esplendidez íntima, sacándole de los ruidos bélicos a que nos habituó el romance del Cid. De donde brotan, naturalmente, el de Jorge Guillén y el de García Lorca, verdad que aquél más abstracto y éste más pintoresco, pero ambos siguiendo el compás invisible de Juan Ramón, a quien, más tarde, (ya en «Laberinto», de donde eliminará la Elegía a Georgina Hubner) ganará el ritmo de su época, el alejandrino modernista, tan parecido al francés y tan distinto del de Berceo y su descendencia.

El creador de estilo

Dentro de su molde, Juan Ramón halla variantes sustanciales. No es el suyo el drama del escritor, que crea un estilo y se hace sudario de él. Juan Ramón busca perennemente, como que vivió en perenne poesía. Zenobia, dicho sea de paso, ella tan poética también, le sacrificó su lirismo para darle la prosa necesaria a aquel «dulce y alto» ruiseñor que no cesó de cantar un solo día. Por eso Jiménez acierta con toda forma poética, y da al hai kai un temblor único, menos pictórico más intenso que el de Tablada y los imitadores del Japón. Por ejemplo:

Amor

Ten cuidado
cuando besas el pan.
¡Que te besas la mano!

Nada más, y está dicho todo y más que todo, pues llega a lo más profundo.

Y este otro: poemita de «Eternidades».

Cierra, cierra la puerta
como a ella le gustaba . . .
¡Que se encuentre a su agrado
su recuerdo!

Este gozo de crear y esta maestría simplísima se mantiene hasta el último poema de la «Antología», en que borda sin cesar el tema de Zenobia y el color de oro de sus cabellos:

Mientras que yo te beso, su rumor
nos da el árbol que mece al sol
de oro,
que el sol le da al huír, fugaz tesoro
del árbol que es el árbol de mi
amor.

No es fulgor no es ardor, y no es
altor
lo que me da de ti lo que te adoro,
con la luz que se va; es el oro, el
oro,

es el oro hecho sombra; tu color . . .
El color de tu alma: pues tus ojos
se van haciendo ella, y a medida
que el sol cambia sus oros por sus
rojos
y tú te quedas pálida y fundida;
sale el oro hecho tú de tus dos ojos
que son mi paz, mi fe, mi sol: ¡mi
vida!

Camino desde Juan Ramón

De la poesía de Juan Ramón, partieron, como de la de Rubén, diversas tendencias. En el Perú, la promoción que debió ser la modernista, la de José Gálvez, «Juan del Carpio», «Alejandro Herrera», y José Lora y Lora, el propio Ventura García Calderón, no eludió el impacto de la poesía jimeñiana. Pero, ya alto el sol de este siglo, en Colombia, un vasto movimiento poético, el de los «piedracielistas» arranca de un libro de Juan Ramón: «Piedra y cielo», datado en 1918. Caracteriza ese libro la extrema simplicidad. Canciones breves, compendiosas, donde una figura arrebatada pensamiento e intención, dejando vibrar como una espada su golpe, vivo el resplandor de la estocada. Uno de esos poemas, el titulado «El Poema», dice nada más que así:

¡No lo toques ya más,
que así es la rosa!

Consejo falaz, que Juan Ramón retocó siempre y cada día sus versos, comunicándoles en cada ocasión el nuevo mensaje de concisión, rica de significados, que le venía de lo alto y de lo hondo.

Pocos poetas han sido más fieles a su misión. Juan Ramón no habría tam-

poco podido intentar ningún otro camino. Fué el suyo, destino del iluminado y sentidor. Traductor de acedeces a lenguaje de suavidad, intérprete de lo aciago para ditibundios y delicadísimos. Poesía, a ratos, según la frase de ajena aplicación, como «tela de araña para cazar huevos de moscas», pero, no: de mariposas.

Todo lo que debemos a Juan Ramón se queda en el umbral o traspuerta de este artículo. Habría aún que hablar de su prosa, y de ese inolvidable y ya clásico «Platero y yo», y de sus «caricaturas líricas», como las de «Españoles de tres mundos», y sus apólogos. Y sus conferencias. Mas en todo ello andaba siempre diluído y presente, alerta, el poeta. Su prosa, como su poesía, era poética e inventaba vocablos, con habilidad de patrón. A ratos, en su afán de buscar una poesía aséptica y parca, fué injusto.

Una frase suya («nerudones y chocaneros») queda inscrita en el preámbulo de una antología que él presidió. Le molestaba el ruido, le enfurecía la poesía al servicio de otra cosa que no fuese la misma poesía. Le entusiasaban los jóvenes, en afán magisterial del que no abdicó nunca.

Ahora, después de largo y al cabo voluntario exilio, de veintidós años, ha vuelto a la patria, yerto ya, y siempre al lado de Zenobia. Pareja simbólica para todos los poetas de hoy y de mañana, como la de Paolo y Francesca, de Abelardo y Eloísa, de Dante y Beatrice, de Petrarca y Laura. Días vendrán en que, como al Pére Lachaise de París, los enamorados emprendan romerías sobre la tumba de Juan Ramón y Zenobia. Homenaje exacto. Exactamente poético. Como lo hubieran querido los dos.

Lima, 1958.

CRUCERO DEL SUR

POESIA PERSA

Por José R. CASTRO

(En *Rep. Amer.*)

Mi visita al Ministro de Irán, Mahomud Foroughi, para retribuir a la suya de «tournée», se convirtió en una agradable y encendida conversación en torno a la poesía oriental, y a la persa, en particular. Después de haber hablado de Khalil Gibran, de Rabindranat Tagore, y de otros inspirados aedas de aquellas tierras, cuyo eco ha llegado hasta nosotros, distantes pobladores del Mediodía, gracias a generosos traductores, nos trasladamos a su misterioso país, rico en tradiciones y leyendas, embrujado en un mito de siglos, aureolado de poesía y de exotismo . . .

Persia, la antigua Persia bautizada así por los griegos, hoy se llama Irán. Su capital es Teherán, con dos millones de habitantes. Hay otras ciudades de importancia comercial y turística, como Isfahan, Tabriz, Néched y Chiraz, todas ellas con más de medio millón de pobladores cada una. Irán llamaron a su patria, desde tiempo inmemorial, los pueblos indoeuropeos. Dos mil años antes de Cristo se establecieron en el altiplano iranense los nuevos habitantes que más tarde se transformaron en indoiranianos. Comprendían numerosas tribus, siendo las principales las de los medas, persas y

partos y su conglomerado se llamó siempre Irán. El fundador de la actual dinastía reinante fué Reza Shah, el Grande, y su actual monarca es Mahomed Reza Phalevi, de treinta y ocho años.

Ya instalados en territorio persa, hablamos de los poetas iranianos, y el primer nombre que se me viene a la memoria es el de Omar Khayyan, nacido en la ciudad de Naishapur, situada entre los burgos de Shahrud y Mashad. El Ministro Foroughi nos saca de un gran error, mantenido durante toda una vida, sobre la importancia para Irán del poeta de Naishapur:

—«Omar Khayyam —nos dice— es considerado entre nosotros como un poeta de segunda categoría, un poeta popular cuyas coplas y canciones andan en labios de los hombres comunes. La figura de Khayyán es más conocida en Persia, como matemático y filósofo. Fué considerado como un verdadero genio del álgebra, de la geometría, de la goniometría, de la trigonometría . . . Mas, como poeta pertenece a un segundo plano . . . »

«Los poetas más grandes de Irán son, en primer término, Hafiz, llamado el poeta del amor; Saadi, conside-

rado como el cantor de la moral, Ferdowsi, el gran poeta épico y Molavi, conocido como el poeta filósofo, especialmente en el dominio del sofisma . . . »

«Goethe, continúa, que estudió como ningún otro europeo lo había hecho antes y como ninguno lo hizo después, la poesía persa, publicó una obra de traducciones al alemán de Hafiz de Chiraz, llamada «Diván de Oriente». «Diván» es una palabra persa cuya traducción al español sería la de «Obras Completas».

También tuvo nuestro luminoso interlocutor palabras de recuerdo para el gran poeta, médico y filósofo Avicena, cuya tumba en Hadaman es uno de los más hermosos monumentos levantados por un pueblo en memoria de un gran hombre . . .

Luego la conversación se anima con anécdotas alegres, y recordamos la más reciente, del propietario armenio americano que debiendo la prosperidad de su fortuna a las ganancias de su restaurante de San Francisco de California, llamado «Omar Khayyán», quiso ir a Persia a erigir un gran monumento sobre la tumba del poeta. Arregló sus valijas y partió en largo viaje. Pero a su llegada se encontró que en la tumba de Omar Khayyán había ya uno de los más hermosos túmulos de Oriente. Y regresó un poco triste, pero también un poco alegre, por su intención de agradecer al dueño de aquel nombre que lo había hecho rico y famoso en los Estados Unidos.

Hablamos del «Avesta», el libro sagrado del profeta Zoroastro, de Darío y de Ciro y de todos los nombres gloriosos que resplandecen en las páginas de la historia del mundo, de aquellos grandes guerreros que batallaron por el derecho de conquista, hasta llegar a lo que es ahora el Irán, uno de los países más ricos y progresistas del Oriente, con un gran presente y un mejor porvenir . . .

Pero sobre todo, hablamos mucho de su embrujo, de su poesía, de su historia y de su gloriosa tradición . . .

Tal fué mi visita al ministro de Irán, que si no escribe poesía, la cultiva con el mismo fervoroso afán con que la enaltecieron los más grandes poetas de la Persia inmortal, luminosa y fantástica . . .

José R. CASTRO

Río de Janeiro, agosto de 1958.

De la Amistad

Por el Lic. Alfonso Francisco RAMIREZ

(Envío del autor)

Cuentan que Enrique Heine, aquel «ruiseñor alemán que anidó en la peluca de Voltaire», en una melancólica tarde otoñal en París, cuando el viento desprendía las últimas hojas de los castaños, arremolinándolas en las solitarias avenidas del Luxemburgo, y el mal que le llevó a la tumba le atenaceaba el pecho, murmuraba a un confidente: «La admirable amistad, el amor inmortal, el verdadero fundamento de la filosofía, son cosas preciosas que he buscado siempre, y no he encontrado jamás». Antes, el príncipe de los oradores sagrados de Francia, ya en los umbrales de la vejez, agobiado de laureles y dolencias, exclamaba en un dejo de amargura: «Nuestras amistades se van con los intereses y con los años».

Más afortunado que Heine y más dichoso que Bossuet, yo sí encontré la Amistad y siempre he tenido amigos a mi lado. La conocí en los claros años de mi niñez. La vida en flor se entreabría empapada en rocío de cielo y tintas de alborada. En el inocente bullir de la escuela, entre risas de cristal y aleteo de pájaros, nacieron afectos que el tiempo fué modelando hasta imprimirles firmeza diamantina. Algunas de aquellas criaturas alcanzaron la gravedad de la edad adulta; otros se embarcaron tempranamente hacia el misterio, pero desde allí continuamos el diálogo balbuciente, bajo las altas horas de las noches estrelladas.

Volví a hallar la Amistad en las horas doradas de mi adolescencia y de mi juventud. El abril florido engalanaba los jardines con sus más frescas rosas, zureaba la torcaz en el abrigo de las frondas y el agua de las fuentes se deslizaba entre los jazmineros, musitando su canción de amor. La ilusión encendía el alma y la novia, casi irreal, era un iris de gloria en la cascada de los versos. Pero los libros me fascinaban también con una elocuencia, que se iría transformando lentamente en inefable comunión. Era el asomarse medroso a los grandes problemas que han inquietado la inteligencia humana, los primeros contactos con los sistemas filosóficos y las doctrinas de los pensadores inmortales.

Vino en seguida el estudio del Derecho. La contemplación de profundas cuestiones éticas, jurídicas y sociales, en un mundo en transformación. La vocación que afinaba sus perfiles, bajo el signo de la responsabilidad. Los primeros destellos de la política que se hacía oleaje en la calle, y serenidad en las páginas magníficas de los textos. En estos años inolvidables, brotaron simpatías imperecederas. Compañeros que fraternizamos en los más nobles ideales, en las más románticas empresas, en los más locos sueños de porvenir. Maestros que me dispensaron los tesoros de su sabiduría, y me enseñaron los secretos de la tolerancia y del perdón.

Y vinieron los días severos de la madurez. En ellos encontré también al Amigo. En medio de los arduos afanes profesionales, en la cátedra, en el periodismo, en la convivencia social. Su palabra afable resonó en mis oídos: en los momentos de luz y en las horas sombrías, en la adversidad y en el dolor, en la enfermedad y en los instantes amables decorados por las burbujas del champán. Tuve entre las mías manos francas y sinceras, en las jornadas candentes de la lucha cívica, cuando la Cámara de Diputados se transformó en hirviente

crisol de pasiones y la sombra del peligro se proyectaba siniestramente sobre el haz de la República.

Más tarde, encontré la Amistad entre mis compañeros los ministros de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, todos ellos espejo de caballeros, paradigma de amigos, ejemplos de pulcritud espiritual.

Y, hoy y siempre, en el corazón de la gente sencilla de Oaxaca, que me ha brindado la suavidad de su hogar y la fragancia de su cariño.

Por consiguiente no soy, no puedo ser un escéptico que dijera con el poeta español: «Por cada rosa que tu vista encante— cuántas espinas herirán tu pie;— por un amigo fiel, bueno y constante,— cuántos traidores burlarán tu fe!» Yo puedo afirmar: si alguien me engañó, no lo he sabido; si me lo señalaron, no lo recuerdo.

Soy un creyente de la Amistad. Y esta convicción se depura y abriga en esta ocasión, en que gentiles damas y cumplidos caballeros aquí reunidos, inmerecidamente me hacen objeto de su distinción, con motivo de la publicación de mi libro «Antología del Pensamiento Político». Todo el mundo es capaz de simpatizar con las penalidades del amigo, escribía Oscar Wilde; mas para simpatizar con sus éxitos, se necesita una naturaleza singularmente delicada. Tal acontece ahora, en que con exquisita elegancia espiritual, unen ustedes su alegría a mi íntima satisfacción.

(Concluye en la siguiente página)

POEMA 20

A Inés

«*De la rama desierta de su pelo!*»

R. E. Molinari

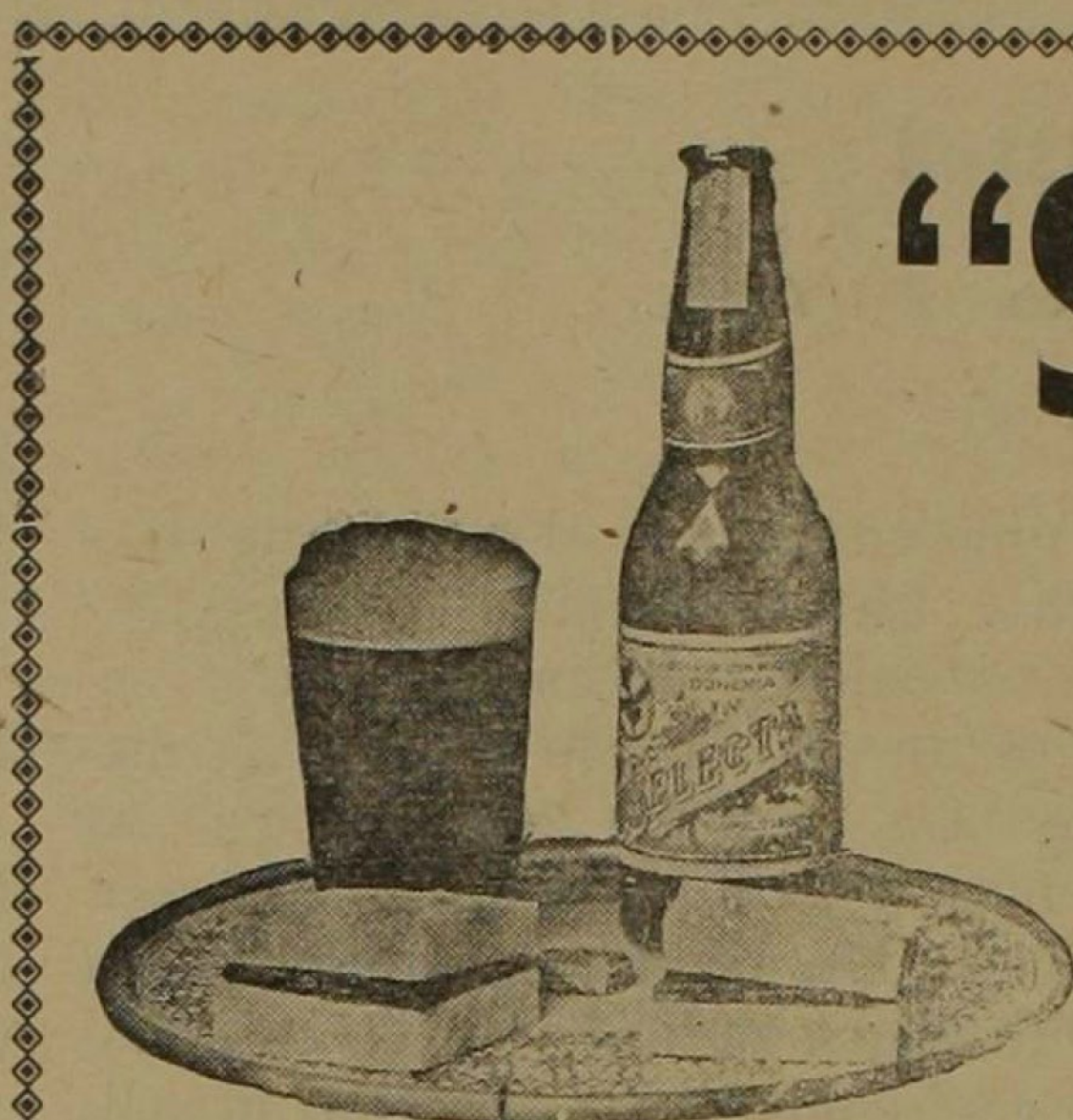
*Imaginándote venir así, rumbo a la cita,
fresca de años; pura,
sabiente de mi cariño, novia,
imagino no sé qué temblor en tu cuerpo,
no sé qué calor en tus manos,
una alegría de cabello mojado y peinado,
un rayo de miedo que atraviesa tus pechos,
un entremezclar de dedos en la larga espera.
Adivinándote venir así, rumbo al encuentro,
te imagino más en el aire
que sobre las baldosas de las veredas,
cuando vienes así, llena de amor y de miedo.*

Fernando Pedro ALONSO

Buenos Aires, 1958.

Cómo no he de afirmar el credo de mi vida entera, ante esta manifestación tan afectuosa. Con profundo reconocimiento he escuchado las emocionadas frases de Ofelia Montiel de Castro, honra y prez de las letras oaxaqueñas; de Fernando Magro Sotto, tribuno elocuentísimo y vigoroso pensador; de Salomón Kahan, elegante orador y fino comentarista; de Salvador Mendoza, erudito y galano que me han deslumbrado con la pedrería de sus elogios.

Este acto reviste trascendencia, en su cordial sencillez, no porque se trate de mí, desde luego; sino porque significa la vigencia de valores espirituales y morales, en un momento en que presenciamos a la bancarrota de conceptos consagrados por siglos de civilización, bajo el gesto de ariete del más insolente imperialismo. Ya es mucho que se celebre la aparición de un libro, cuando comunmente las alabanzas se reservan para el torero, el boxeador, la vedette, en tanto el suceso cultural queda sepultado en el silencio. Pero especialmente, porque evidencia el triunfo de la Amistad, suma de afectos más puros que pueden ligar a los hombres. Ya Cicerón



“SELECTA”

La Cerveza del Hogar

EXQUISITA y SUPERIOR

estimaba que era el don más grande que los dioses podrían conceder a los mortales.

Mas la amistad, en sus más hondas esencias, es magnificada por Aquel que fué crucificado en las afueras de la ciudad y becado por la soldadesca romana desde el momento en que hace del Amigo, una categoría excelsa. En la dulzura del relato evangélico, escuchamos su voz: «Mi amigo Lázaros duerme, y yo lo voy a despertar»... «Si alguno de vosotros tuviere un

Agencia del

Repertorio Americano

en Londres

B. F. Stevens & Brown, Ltda.

New Ruskin House,

28-30 Little Rusell Street, W. C1

London, England

amigo, y fuese a estar con él a media noche, y a decirle: amigo préstame tres panes, porque otro amigo mío acaba de llegar de viaje y no tengo nada que darle; aunque aquél desde dentro le respondiera: no me molestes, la puerta está cerrada, mis criados, como yo, acostados, no puedo levantarme a dártelos; si el otro porfía en llamar y llamar, yo os aseguro que se levantará al fin y le dará cuanto hubiere menester». Y en aquella hora, bajo el poder de las tinieblas, todavía puso dulzura de cielo en sus palabras al preguntar a quien lo entregaba: «Amigo, ¿a qué has venido?»

Recibo con rendido reconocimiento este homenaje dictado por el afecto y la amistad, para ofrecerlo como un ramo de siemprevivas a la sombra augusta de mi padre, que desde el misterio del más allá, me envía su mensaje de esperanza y de fe; para depositarlo en manos de mi madre y de mi esposa aquí presentes, y para ofrendarlo a Oaxaca, cuya imagen se amanece todos los días en mi alma, dando luz a mi pensamiento y calor a mi corazón. Y expreso a ustedes, con mi reconocimiento eterno, mis deseos porque la vida los colme con sus más preciados dones, que les de la espiga y la flor; que Dios los bendiga con su paz, y que la felicidad los cubra siempre bajo la sombra de sus alas.

México, D. F., Mayo de 1958.

El cuento de Baldomero Lillo

En el semanario MARCHA de fecha 13 del corriente, con el No. 915, en su página 22, aparece un cuento firmado por un señor Baldomero Lillo; su título: *La Compuerta N° 12*

Si el Sr. Director tiene algunos minutos para perder lea la novela de A. J. Cronin titulada *Las estrellas miran hacia abajo*.

En la página 172 al 176 (es una copia).

Que me perdone el Sr. Lillo.

J. P. F.

N. de R.—Si el Sr. J. P. F. hubiera leído con mayor atención el No. 915 de MARCHA habría encontrado que en la página 23 se dejaba constancia de que el escritor chileno Baldomero Lillo había muerto en el año 1923. Si además hubiera hurgado en cualquier manual se habría enterado de que el cuento publicado en MARCHA data de 1904. Como la novela de Cronin: *The Stars Look Down* (Las estrellas miran hacia abajo), data de 1935, es bastante improbable que Lillo haya incurrido en plagio con una anticipación de 31 años. En cuanto al perdón del Sr. Lillo que invoca el firmante, tenemos entendido que el cuentista chileno se halla actualmente mas allá del bien y del mal.

(MARCHA, Montevideo,
Julio 4 de 1958).

Cuento en perspectiva y en gris

Carlos María CAMPOS JIMENEZ

(En Rep. Amer.)

...y mirando a su alrededor se dio cuenta de cómo sus pasos en el desierto iban creciendo y transformándose en dunas, pajonales y ortigas.

...y vio como su mundo comenzaba y terminaba en él, en sus ojos, en sus sueños, en los signos que trazaban sus manos.

El viento seguía cortando las palabras-sueños con sus mil cuchillos. El sol golpeaba los yunques del aire con sus martillos de arena.

...y al encontrarse solo, lloró. Y su lamento se confundió con el viento, y al escucharse-escucharlo, no podía distinguir en donde comenzaba el viento y en donde terminaba él.

Los pajonales, acurrucados en la concha del paisaje, encendían sus velas amarillas con mecheros de ortigas, de cactus, y de arcilla.

...y sus lágrimas, después de saltar por entre el barranco de unas rodillas que señalaban la dirección del ecollegaron hasta el reino del hombre-noche, que dormía a los pies del caminante... y al contacto de aquellas lágrimas, sucedió lo no esperado.

Las montañas lejanas iban apagando el color de sus galas. Los conejos-nubes habían detenido su carrera y comenzaban a cambiar sus orejas por las alas de los buhos.

...si... al contacto de aquellas lágrimas comenzó a despertar y a ponerse de pie el hombre noche cuya presencia ni había presentido antes, el hombre del día.

... y entonces escuchó su voz. Si era suya la propia o venía de otra parte, no lo sabría decir. Y ante su asombro, supo de él, como se sabe de las cosas cuando llegan hasta nosotros en los ojos, en las manos, en el aliento, en la arena de nuestras venas cuando despiertan los ríos del amor y del dolor.

«...Cuando existió la luz, ya existía la sombra, como la chispa que salta del carbón dormido... Si... ya se que hay muchas cosas que dices no entender... Para un niño el arco iris es un puente de luces por el que suben presurosos sus carritos de ensueño... Para un hombre, no hay puentes en los cielos, ni hadas en el mar. Sólo cuentan las cosas que se pueden tocar.»

El cortinaje rojo, se tornó en amarillo y ahora, todo en negro, comenzaban su danza los cocuyos.

«...cuando se hizo el día, apareciste tú, hombre que sabe de las cosas mientras haya colores. Cuando llegó la noche, aparecí yo, hombre que vive entre las cosas con sus mil sabores. Al igual que la tuya, mi raza nació limpia, diáfana, sin sujeción al tiempo sin sabor de dolor. Y lo mismo que en tu historia, allá en mi Paraíso había una prohibición, ...no acercarse a la luz.»

Los chacales lejanos ensayaban un coro. Las hormigas marcaban un sendero sin luz.

«...y éramos felices. Nuestra aurora, la noche. Nuestro canto, la vida. Esa vida profunda que transforma en arena la más bella flor, y despierta palomas entre las manos muertas de una roca perdida que no supo rodar. Hasta que un día... en tu cuenta, una noche, llegó hasta nuestra vida el clamor solitario de tu voz en dolor. Tus ojos sin raíces, eran peces sin velas. Tus brazos sin el vuelo, dos sarmientos sin sol. Te hicimos mil señales, te mostramos las sendas, te abrimos hondos surcos para llevarle al mar de tus propios sabores, pero huiste espantado sin podernos oír...»

Una estrella lejana buscaba su camino. La montaña dormida, soñaba que era mar.

«... y ante aquel tu llamado, y a pesar del anuncio, cruzamos la frontera de tu mundo de luz... Nuestras hondas gargantas secáronse de espanto al ver que nuestras manos se transformaban en hojas gigantestas, árboles sin nidos, rosas sin perfumes, espinas de sol. Al llegar a tu vera y verte tan solo, te pedimos que fueras nuestro hermano de luz. Pero tú no entendías nuestro silencio-lengua, y tu sola palabra era vagar... vagar... Sabiendo que no había remedio a tu ceguera, emprendimos de nuevo el regreso a los reinos donde hay luz, mas no sol, y entonces...»

Con el frío de la noche la arena se hizo estrella, y la roca coral.

«...y entonces... cómo contar la historia? La prohibición violada se hacía carne en el tiempo, y en la luz, como espada, se amputaron los pies... El castigo llegaba. No poder ya movernos sin usar otras huellas, sin buscar otro ser... Me comprendes ahora?... Soy otro hombre, tu sombra que vagando en tu mundo, no se puede mover!!! Si tu mueres, yo vivo. Si tu olvidas, yo no. Soy tu imagen. Conozco tu lengua y conozco el dolor de tu voz. Yo soy de tu raza y a la vez soy las razas en ser. Soy tu mundo y los mundos que tú ya no ves. Siendo eterno, mi castigo está en verte pasar... Ya lo ves... Algún día podrías oirme, y entender el por qué de mi ser...»

Una llama encendida se apaga en la choza que corta el paisaje allá, muy allá. En las dunas, un bulto señala lo que ayer se llamara un hombre, no más. A su lado, esperando el llamado del día, la sombra arrodillada musita su oración.

San José de Costa Rica, 24 de Agosto de 1958.

Cuadernos Americanos

Apartado Postal 965
México, D. F., México

Estos libros interesantes:

Antonio Castro Leal <i>Juan Ruiz de Alarcón</i>	Dóls. \$ 1.00
Juan Larrea <i>Rendición de Espíritu I y II</i> , cada uno.....	1.00
Eduardo Villaseñor <i>Ensayos Interamericanos</i>	1.00
Emilio Prados <i>Jardín Cerrado</i> .	1.50
Rodolfo Usigli <i>Corona de Sombra</i>	0.50
Sara de Ibáñez <i>Pastoral</i>	1.50
Gustavo Valcárcel <i>La Prisión</i> .	0.50
Gustavo Valcárcel <i>La Agonía del Perú</i>	2.00
Miguel Alvarez Acosta <i>Muro blanco en Roca Negra</i> . Novela Premio <i>El Nacional</i>	2.00
Miguel Alvarez Acosta: <i>Nave de Rosas Antiguas</i> (Poemas)	2.00
Fernando Benítez: <i>China a la vista</i>	1.20
José Tiquet <i>Sangre de Lejanía</i> .	1.20
Margarita Paz Paredes: <i>Dimensión del Silencio</i>	1.50
Germán Pardo García: <i>Acto Poético</i>	1.50
German Pardo García: <i>U. Z. Llama al Espacio</i>	8.00
Lucila Velásquez: <i>Poesía resistente</i>	11.00
Luis Sánchez Pontón <i>Azulejos y Campanas</i> . Poemas	10.00
Luis Cardoza y Aragón <i>La Revolución Guatemalteca</i>	4.75
Fernando Alegría: <i>El poeta que se volvió gusano y otras historias verdícas</i>	4.75
Griselda Alvarez <i>Cementerio de Pájaros</i>	3.00
<i>Poesía de América</i> , N° 3, Año IV	11.00
Juan Larrea <i>Razón de Ser</i>	22.00
Juan Larrea <i>La Espada de la Paloma</i>	10.00
Germán Pardo García: <i>Eternidad del ruiseñor</i>	6.50
Vicente Magdaleno: <i>Ascensión a la tierra</i>	

Solicítelos a Cuadernos Americanos.
(México, D. F.); o a Rep. Americano.
(San José, Costa Rica).

Los dinamiteros del verbo

Por Bernardo GONZALEZ ARRILI

(En Rep. Amer.)

Para «tandilero» y pese a todo su afán universal, quería al terruño de alma. No errará quien asegure que sus mejores páginas traen el eco de sus serranías — piedras, rocas, aguas, — y de sus valles «acribillados de celestes manantiales», sus arroyos «que murmuran bajo tapices de berros» y sus selvas pobladas de «pájaros aturdidores». Su cariño por la tierra se le desborda sin advertirlo. La querencia, que puede ser no más que una ilusión, brota de nosotros mismos. En la cárcel y en el destierro, el recuerdo del rincón natal llena los pechos de lirios.

Rodolfo González Pacheco nos gustó por el estilo. Nos llevaba diez años de ventaja en la edad y diez leguas de delantera en las letras, cuando nos encontramos en «Ideas y Figuras», la revista de Ghirardo cuya sala de redacción debió ser el café «La Brasileña» de la calle Maipú, pues no conocimos otra. Por entonces — primeras hojas del almanaque de la segunda década del siglo —, los muchachos y los ya mozos, todos anarquizaban por gusto. Usaban palabras que asustaban y servían de pretexto a la autoridad, pero que en realidad no eran nada. Los «dinamiteros del verbo» formaban un batallón cuyos nombres pudieran dar la pauta de muchas cosas pasadas. Se acercaba el Centenario de la Revolución de Mayo que venía parejo con los primeros conflictos entre obreros y patronos. Se vieron dos caminos principales abiertos hacia la fecha americana: el de las ligas patrióticas, conservadoras y temerosas, y el de los grupos reducidos, rebeldes y disonantes. Los dos caminos querían conducir — ahora lo vemos — cruzando zonas distintas, hacia la libertad. Sólo que a los disonantes los solían tomar presos, seguramente para aquietarles el ánimo que andaba medio revuelto. Libertad, pero no mucha. Había unos señores que manifestaban su amor a la patria con celos de guardianes, y extremaron la nota. Sancionaron leyes poco justas y las aplicaron con las equivocaciones de la prisa. No quisieron creer que los jóvenes suelen ser sinceros y vale la pena escucharlos.

A Pacheco se lo llevaron a Usuháa. A Ghirardo lo encerraban cada quince días. El grupo cafeteril, lírico e inofensivo, se rompía y luego se volvía a formar. Los muchachos caíamos al grupo medio sonrientes y medio en-

tristecidos, con las cuartillas garabateadas durante el «éxodo». Algunos traían versos del tono airado de aquellos: «Felices de vosotros los imbéciles . . . ». Otros, un drama, con el personaje consabido que se va «barranca abajo». Los más, una página con el palabrerío que intentaba ser corriente, filudo, como la prosa de Barret, breve, irónica y entradora.

Nos encantaba Pacheco por el estilo de su prosa y por el estilo de su vida.

Lo seguíamos queriendo, aunque ya no lo leíamos, cuando se fué para Cuba y México, cuando siguió para España. Nos gustaba su teatro. Nunca le escuchamos discursar; dicen que lo hacía bien, no sólo cuando leía, sino también cuando improvisaba. Debía de ser así porque era dueño del picotazo elocuente del que se vuelca sincero. Su frase «cortada como con hacha» se formaba de imágenes y de ideas, y quedaba. Era tremendo cuando mordía. Véase su página sobre La Plata y sus «carcamanes mañeros», y la que dedicó a Bahía Blanca donde todas las casas «parecen tiendas. Pero era querendón cuando elogiaba. De su llegada a Mendoza decía: «el alma se pega a la ventanilla como un muchacho a una vidriera de golosinas». Su fuerte estaba en saber inquietar. Pinchaba. ¿Qué esperan el «pelado» de México, el «roto» de Chile, el «raído» del Paraguay?»

A Pacheco lo perdimos durante muchos años. En las ciudades populosas se naufraga con frecuencia y cada barrio es una isla. Volvimos a encontrarnos casi cuarenta años después de las reuniones en la sala de redacción de La Brasileña. Ya había muerto Ghirardo. Ya teníamos encima el despotismo de la justicia lista. Ya estábamos tordillos.

—Amigo, cómo fué eso?

Se nos había escurrido el agua de la vida por entre los dedos de la mano. Algo más quietos, en el panorama cambiante, con un asiento más bajo, pero escuchando las voces de los mismos oradores. Seguía él en su tema. Ahora ya sabíamos que por estos pagos nuestros, el que se apresura y atropella sale airoso; que se producen dos «dos deslomaduras», lo cursi y lo chabacano, pero que «lo gananciable» es lo que se prefiere. «Hay que hacer dinero, si puedes, honradamente, y si no» . . .

Venía el amigo, después de cruzar zonas terribles como la revolución española, comprendiendo pladosamente la vida, convencido de que su tesis es la que aclerta, y sonriendo. Porque González Pacheco era un lírico que pensaba en los dinamiteros de la fábula con la cara llena de risa y el alma volcando bondad. Sabía machucar al poeta tropical que llegaba a Buenos Aires después de cantar loas dulzonas a algún mandón, y lo llamaba «el pardo que es dueño de una ocarina»; sabía recordar su «Pico blanco» en las tres leguas de campo pampa, parejero guapo; sabía memorar a Irineo, el cantor y guitarrero que nadie aplaude porque el efecto de su voz es para adentro y «como de agua en los terrores les esponja las entrañas».

En dos tomos juntaron la prosa de Pacheco con el nombre de «Carteles». Leyéndolos, vuelvo a encontrarlo, no como la última vez que lo ví, sonriendo y canoso, sino como las primeras veces, con jopo a la oriental, elocuente y fustigador. Cuando le encontraba, en rebusca amistosa, la particularidad de los dedos largos a Florencio Sánchez y decía en su elogio la inocente mentira de que tenía el orgullo de su oficio de canastero. Cuando Pacheco volvía en derrota hallaba manera de asegurar que del fracaso sólo escarmientan los flojos. Comparaba a los caballos del pago agricultor con la humildad de los labriegos y sabía encontrarles «un cacho de cielo en las pupilas absortas»; sus cascotes son sellos sobre la pampa: «firman la paz». Recordaba que una vez, camino de su tierra natal, iba con otro cruzando campo, cuando vió venirle encima una polvareda. «Volqué el caballo y le dí la espalda». Pero el reproche del hombre, triste más que severo, me manoteó las riendas:

—No haga eso, don. ¿No ve que es su pago mismo que viene alzando los brazos?. No lo desaire . . .

De este anárquico, lírico y criollo, se puede seguir el rastro literario, la modificación ascendente de su prosa cortada, la robustez de sus frases, el filo de sus adjetivos, recorriendo esos dos tomos de prosa. Todo era para él «Carteles». Prosa de principios del siglo, de autor comparable a la de aquel que «empezando cada día gastó su vida hasta el cabo, como un hacha». La mayoría de los temas quedaron inactuales, pero el estilo, a pesar de las disconformidades que se le puedan oponer, sale al cotejo con vida y se mantiene tal cual.

Bernardo GONZALEZ ARRILI

Buenos Aires, 1958.

PAGINA LIRICA

De Sol Rubín de la BORBOLLA

(En Rep. Amer.)

DESDOBLAMIENTO

Yo soy la que te cuida
—la que te amo—
la que zurce tus calcetines
—y leo lo que escribes—
Yo, quien recibe
la distraída caricia ausente
y sigilosamente respiro, para que no
despiertes.

Son los míos los ojos
en que pierdes tu mirada.
Soy yo la que paseo
sus ojos por tu cara;
te alisa el pelo,
te anuda la corbata;
la que voy ganando
minutos a mi muerte
contando una a una tus pestañas.
Yo soy la que a tu lado camino
el camino de ida y el regreso;
la que acomoda las sábanas
para que no arruguen tu espalda.
Yo soy la que oye el balbuceo
y construyo un poema de amor
con tu incoherencia.
Yo soy la playa que viaja en tu marea
hacia el crepúsculo incoloro.
Son los míos los brazos
en que cuelgas tu desmayo;
mía la voz que se quebra
cuando te hablo.
Yo soy la almohada
para tu ausencia,
y la ausencia.
Yo, la que nunca,
la que siempre.

Ojo: el desacato a la gramática es intencional. Con la falta de concordancia entre el pronombre personal y la forma verbal, pretendo justificar el título y lograr el clima de ternura que intento crear.

París, 25 de marzo de 1956.

VIDA

Entre la carne y la carne;
por en medio de la sangre;
abriendo paso en los huesos,
algo se va muriendo,
mientras canta.

Entre la niebla y el sueño;
desde el vaho del cerebro;
culebreando el pensamiento,
algo se cuelga del alma,
agazapada.

Algo se va muriendo
y descansa.

Algo sigue viviendo
su ansia.

Algo que por muerto desprendido
muere su única vida:
algo que ya ha vivido
su muerte sin fin ni ceniza,

Tequesquitengo, mayo de 1957.

ELEGIA AL NIÑO MUERTO
UN 29 DE ENERO

4 cirios de uniforme
lloran al muerto.

Lo mataron: la madre,
el cura y el maestro.

Con amorosa ternura
cada día
la madre le lavaba los dientes,
la ropita le cosía,
y cuidadosamente
limaba
las puntitas de las alas
que en los hombros le crecían.

El cura, jardinero,
en el pecho le sembró 2 árboles;
con gran celo cuidaba
que nadie sembrase otros,
y evangélicamente
podaba
las ramitas rebeldes
que del tronco se apartaban.

Nunca hubo otro alumno
que le aventajase;
nunca tuvo el maestro
eco semejante,
y pedagógicamente
cerraba
la ventana por donde un rayito de luz
en el alma se colaba.

Alguien al niño
un día,
regaló una burbuja de aire;
sin saber lo que hacía,
y cándidamente,
la tragó
y estalló,
dilatándose.

Se murió con los muñones
de las alas temblando;
agobiado por el peso
en el pecho de lastre,
y en el recinto, encerrado.

Los 3 presiden el duelo:
ella, en medio,
con el regazo manchado;
uno, a un lado,
con el índice en alto,
y el otro, vestido de negro,
con los ojos entornados.

Rezan las sombras dolientes
los mismos rezos de siempre!
«¡tan bueno! ¡tan dócil! ¡tan
obediente!»
y callan.

«¡Lástima que se haya muerto!»
«¿Quién ha dicho eso?» ¡Hereje!
¡Que lo saquen! ¡que lo cuelguen!»
Con gran temor se santiguan
crucificando al muerto:
«En nombre de Dios, de la Patria
y la Familia,
amén.»

El Jefe del Estado viene
a encabezar el cortejo,
y a condecorar a los 3 héroes
que están, como el muerto, muertos.

Muerto en su caja adornada
el niño muerto sonríe satisfecho:
le han rizado el pelo,
le han comprado anillo nuevo,
y lleva el ataúd blanco
de los domingos, puesto,
que aunque forrado
en tela ya usada,
es hermoso, y cortado
a su medida.

(Detrás de la puerta llora,
sola,
la poesía).

Madrid, abril de 1956.

AGOSTO

Es agosto y duele el sol.
Al agua, se la tragó el calor.
La tierra espera
hinchada de semillas y de muertos,
y porque no pare,
se queja.

El viento jadea
y su lengua seca se pega
en los viajeros
y en las cosas más quietas.
Porque los pájaros huyeron
maduró el silencio;
crucificaron en vano
al monigote de paja
sus hermanos.

*Duele la luz en los huesos.
Porque las sombras huyeron
el sol blanquea los recuerdos.
Un gallo rompe el sopor
y aumenta la monotonía;
los perros señalan distancias
distintas de las distancias mías.
La llaga se masturba de día
y en la noche los fantasmas
asesinan la alegría,
mientras el tiempo
de adherencias cubre
las cicatrices
de la juventud herida.
Lívidos insomnios suceden
a sanguinolentas vigili-
as; puentes transversales ofrecen
camino en la otra orilla;
pero aquí o allá ¿qué más da?
Distintas veredas que llevan
hacia donde nunca se llega.*

México, 2 de diciembre de 1956.

a DIEGO RIVERA

*¿De qué color son
los agujeros?
Porque no son blancos
aunque en sí mismos
estén girando;
ni verdes, ni rojos,
ni azules, ni pardos:
ultravioletas creo,
quizá infrarrojos.
¿Lo sabes tú, Diego?
Porque yo los veo
lívidos como el miedo,
grises como el misterio
y densos
de circular silencio.
Agujeros de olvido
color de recuerdo.
Píntame agujeros
como los que quiero:
como la dicha, incoloros,
o negros, negros
agujeros negros,
como en los cementerios.*

México, enero de 1957.

Sol Rubín de la BORBOLLA

Bronce y lenguaje

Por Juan Antonio CORRETIER

(En Rep. Amer.)

La propiedad privada, el cristianismo y la lengua española tienen, en Puerto Rico una personalidad central, fundadora: Juan Ponce de León. El establecimiento del régimen de la propiedad privada, del cristianismo y del idioma castellano, se sintetiza en la hispanización de Puerto Rico. He ahí la base estructural y la superestructura que sirve de punto de partida para la formación de la nacionalidad puertorriqueña. De la gestión fundadora de Juan Ponce de León deriva la nación puertorriqueña, pues, una base económica, una tradición, y su idioma.

En el avatar de nuestra historia, cuando las osificaciones institucionales y los fermentos progresistas entran en clara y creadora lucha de contrarios, y de sus fricciones dentro del tiempo histórico va a irse formando nuestra nacionalidad, la ambición extranjera pondrá en grave riesgo nuestra misma existencia. Ingleses, holandeses, franceses, intentan desplazar el poder español de Puerto Rico.

Es necesario mirar cara a cara la realidad de aquel momento. Nuestro proceso histórico no ha llegado a

grado de madurez que pueda asegurar, siquiera, la conservación de nuestra embrionaria alma nacional. El apoderamiento de nuestro cuerpo físico por un poder de alma extraña, de distinta cultura, de idioma diferente, habría significado, para mediados y fines del Siglo XVIII, el colapso de nuestro cruento y laborioso proceso de formación nacional. La desnacionalización, con la pérdida del lenguaje, habría podido ser un hecho doloroso en la morfología de los naciones hispanoamericanas.

Pero, en ese momento, salió a las playas de Puerto Rico, con Amézquita en El Morro, Henríquez en Loiza y Viequez, con Correa en Arecibo, con Caballero en Aguadilla, con Ramírez en Mayagüez, un núcleo de puertorriqueños. Salió a batirse. Aquellas milicias disciplinadas que derrotaron en las arenas de nuestras playas, a espada y arcabuz, a las fuerzas invasoras de ingleses, holandeses y franceses, garantizaron a Puerto Rico la conservación de su idioma, y, con esta, la continuación y el logro del proceso histórico de nuestra formación nacional.

Pasados los años, la agradecida posteridad puertorriqueña levanta una estatua a Juan Ponce de León. La desaparecida forma humana del soñador leonés es vaciada, simbólicamente, en el bronce de los cañones tomados por los milicianos borinqueños a los ingleses invasores de Abercromby. Es el triunfo definitivo, hecho símbolo ya como se vuelven símbolo las definitivas victorias del espíritu, del idioma español, el idioma de los puertorriqueños.

Hoy, 12 de agosto, conmemora la sobreviviente nacionalidad puertorriqueña el 450 aniversario del arribo de Ponce de León a estas playas. Hemos rebasado el medio siglo XX. Miramos confiados hacia el porvenir. Cuando nuestros descendientes, en el año 58 de la próxima centuria, celebren nuevamente la efemérides, al recuerdo de Juan Ponce, a la memoria de los milicianos del XVIII, unirán una humilde siempreviva para los nuevos milicianos que, en la gran lucha del siglo XX volvimos a asegurar a nuestro pueblo la perdurabilidad de su lenguaje.

San Juan, Puerto Rico, 14 de Agosto de 1958.

ASOMANTE

Revista Trimestral Literaria

La edita la

ASOCIACIÓN DE GRADUADAS
DE LA UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

DIRECTORA:

Nilita Vientós Oastón

DIRECCIÓN:

Apartado 1142
San Juan, P. R.

SUSCRIPCIONES:

Puerto Rico, Cuba y Estados Unidos.....	\$ 4.00
Otros países.....	3.50
Ejemplar suelto.....	1.25

Dr. E. García Carrillo

Especialista en enfermedades

CARDIO - VASCULARES

(Registro del Colegio de Médicos)

METABOLISMO BASAL

VÁRICES

175 vs. al Sur de la Plaza de Artillería

América, Continente del Despotismo

Por N. VIERA ALTAMIRANO

(Envío del autor)

Cuando la última reunión de la Organización de Estados Americanos en Caracas, dijimos que más que a la sombra de Bolívar los diplomáticos americanos se juntaban a la sombra de Juan Vicente Gómez: a ninguna otra podría parecerse la que en aquel momento proyectaba ese pequeño y sanguinario déspota que acaba de derribar el pueblo de Venezuela.

¿Es nuestro Continente el llamado a ser, casi por antonomasia, el Continente de la Libertad?

Nosotros así lo queremos y lo creemos, en forma gozosa. Nos sentimos como la yerba del campo que se alza con lozanía cuando le han quitado de encima la sombra de los bosques llenos de siglos. En nuestra alegría política va mucho del impulso del potro, «con hambre de correr y sed de viento» como se dijo con lengua de poeta. A las estrecheces de las viejas naciones de Europa ha sucedido —para el mismo hombre que ha sido aquí y allá— una amplitud: la amplitud que invita a la experiencia, al ensayo. La codicia que se había afilado como un puñal con el frío y el hambre, y el odio, y la guerra de ese Continente donde el dolor humano ha tenido su gimnasio, se vino a América ha cuatro siglos y sigue viniéndose para volverse liberalidad, despego, casi indiferencia, porque la tierra y el mar y los cielos dan para todos y la riqueza brota fácil y la soledad puede llenarse de ciudad a la vuelta de un día.

El hombre que ha venido a América es como un presidiario que pusieron en una tierra que no le devolvía lo que él había perdido, sino que le daba más de lo que él habría reclamado.

Pero este desembarco en tierras pródigas, si bien ha invitado al desperezo, a un desperezo que llegamos a confundir con la libertad, también ha invitado a cierta cosa indómita, cerril e insolente que podría hacer de América, si no andamos cautelosos, si no sabemos vigilar, una nueva Europa.

Porque en América hemos seguido siendo como escolares que se ríen de todo y en cuyo ademán libérrimo hay buena parte de barbarie. En América nos reímos de los Reyes y hacemos burla de sus testas coronadas, pero arrasamos al mismo tiempo con el principio del orden jerárquico. En América aflojamos el rigor de las leyes con la palanca de la simpatía y de la ceguedad afectiva, pero también nos llevamos de encuentro el sentido del orden y abrimos la brecha al capricho, a la ar-

bitrariedad y al despotismo. En América encontramos tierra libre y vida fácil, pero al cabo de tres siglos estamos llegando en ciertos sitios a las circunstancias trágicas de los viejos Continentes y renace el sentido precario de la vida y el hombre mezquino se hace una bestia que fuera mezquina. En América hemos tenido el atrevimiento de sacar a la calle, a los caminos, a las montañas los símbolos de nuestra fe religiosa, con la valentía de quien habiendo creído veinte siglos no puede dejar de creer en la mitad de uno solo; pero al mismo tiempo hemos empezado a perder la noción de sus íntimos valores y estamos haciendo que la tierra ya no tenga sitio para el ángel.

Es decir, como si la tierra de América, que invitaba a la libertad por su amplitud, estuviese ya invitando para el despotismo.

Creemos que se contaron con los dedos de una sola mano aquella vez, en Caracas, las representaciones limpiamente constituidas, las delegaciones de naciones que en realidad vivían con libertad y en donde el derecho tenía vigencia. Caracas vino a ser como una feria adonde habían sido llevadas las más crudas falsificaciones y claudicaciones posibles. Hizo allí su presencia la tiranía que había sustituido a la monotonía o la rusticidad que había tomado el puesto de la tradición con cultura o de la cultura hecha tradición. El pie descalzo y la mente llena de supersticiones se asomaban allá.

¡Pero no perdamos la fe! ¡No perderemos la fe!

Porque ya nos dimos cuenta de que si no arrasamos con el ignorante, el ignorante arrasará con la imagen de la Patria superior que soñamos. Nos hemos dado cuenta de que la libertad no va con el odio, ni con la miseria, ni con la impotencia. Sabemos ya que la libertad se alcanza y se retiene con una batalla ganada cada día. Y sentimos que llega desde todos los rumbos de la tierra la invitación a la acción, a la acción que resulta gozosa cuando la realiza un hombre nuevo.

Dejemos que pasen todas estas afrentas y no le demos mayor importancia. América podrá ser ahora ya como una imagen del Asia, un continente de despotismos. Pero esa estructura foránea será quebrantada por nuestra fe y vendrán citas continentales a donde la concurrencia llegue con nuevas consignas. En esas asambleas futuras tendremos la oportunidad de dar fe de la libertad.

San Salvador, El Salvador.

Si quiere suscribirse al
"REPERTORIO AMERICANO"
diríjase a

F. W. FAXON Co.

Subscription Agents
83-91 Francis Str. — Back Bay
Boston, Mas., U. S. A.

Una suscripción al REP. AMERICANO
la consigue Ud. con

Matilde Martínez Márquez

LIBROS Y REVISTAS
Avenida Los Aliados N.º. 60
Apartado N.º 2007 - Teléfono FO-2539
La Habana, Cuba

AMERICAS

Revista Mensual Ilustrada

Arte, Historia, Filosofía,
Deportes; Turismo..., lo más
importante de los países Americanos.
De venta en los puestos principales
en la Moneda Nacional de cada país.

Camino al Volcán

Por Joyce WARDROPPER

(En Rep. Amer.)

Frente a la casa, el coche azul se había parado hacía tiempo. El conductor, un hombre ya avanzado de edad tenía, a pesar de sus años, el pelo negro, tupido. En la mano, con un movimiento giratorio, torcía lentamente el tallo de un lirio, un Agapanthus, que acababa de coger de un jardín particular que lindaba la calle. Sólo porque le daba la real gana.

El día estaba anublado y por eso estaba contento. Le convenían las nubes. Salir así de paseo, sentirse detrás del volante de un coche nuevo, marca Dodge, su favorita, le proporcionaba una felicidad intensa. Siempre Ddge. En su vida había usado otra marca. La costumbre, la sagrada costumbre traía consigo la bendición de una tradición arraigada en la neblina del pasado. Un pasado, sin embargo, que prefería no recordar del todo.

Para sí mismo, hubo que confesar que el color azul claro le chocó un poco. Hubiera preferido uno negro, lo mismo que los antepasados del coche actual. Pero en ese momento, ni eso le molestaba. Ni el color azul, ni el gris oscuro del cielo. Se sintió libre, ante todo libre, limitado solo por las horas disponibles del día, y los kilómetros de la carretera por delante. Reglamentado solo por el dictamen del capricho del momento. Capricho de Maristela.

Buen trecho quedó esperando delante de la casa. Los minutos, ayer tan lentos mientras que esperaba la llegada del coche azul que venía a recogerlo del Sanatorio, hoy le parecían volar. Hasta saboreaba con placer la tardanza de Maristela.

Iba a venir, eso de cierto. Porque la había prometido. Su primer viaje juntos, después de dos meses en la clínica. Y el estreno del coche nuevo, apenas traído a Limón por la Flota Blanca.

Un sentimiento de bienestar le invadió el cuerpo dejándole esparcido, los miembros relajados. Ya todo estaba preparado para el viaje-cigarillos para Maristela, marca Emu, su marca predilecta; galletas María, que le encantaban, coñac por si acaso se mareaban, un sarape rojo cuadrado que había comprado en Oaxaca. ¡Tan fríos que Maristela siempre traía los pies!

Ya la puerta de la casa se abría. Las voces animadas lo aclamaron.

Un momento le quedaba; frunció el entrecejo, abrió el compartamento de guantes, echó un vistazo rápido y lo volvió a cerrar. Notó entonces que eran dos que bajaban, Maristela y su hermanita menor, la Rosamari.

Sonaron una serie de ruidos distintos—los numerosos adioses de madre e hijas, el rechinar de las puertas, el perro de aguas que aullaba su despedida, y los gruñidos de un peón que arreaba una yunta de bueyes al pasar el coche. Y en la torre de la iglesia las campanas doblaron.

Maristela, en el momento de subir, se detuvo, señalando con el dedo el lado derecho del coche.

—Aquí, qué fue? Falta algo. O es que ya ha chocado con algo, y eso en el precioso coche nuevo?

Gil salió corriendo a ver lo que era. Por cierto un detalle que le había escapado la atención hasta el momento. Faltaba la pequeña rueda en que venía escrito el nombre del coche. Alguien se la había quitado, descuidando los rasguños que dejó marcados en la puerta.

Gil se encogió de hombros. Así era la gente. Lo de siempre. Puro vandalismo. Para qué sirviera eso. Venderlo sería imposible. Robarlo por robar. Disgustado, quedó contemplándolo hasta que la voz de Rosamari, impaciente le hizo subir de nuevo al coche.

Maristela, observándole repentinamente abrumado como si llevara la muerte a cuestas, trató de animarle. No era culpa suya. El no tenía la responsabilidad por la pérdida de la ruedita. Su padre no le iba a regañar. Ellas serían testigos de que se lo habían robado. En todo caso, no era para tanto. Alguien se lo había llevado una marca registrada, que poco importaba, puesto que todo el mundo sabía distinguir un Dodge. Los coches, sí, eran fáciles de distinguir. Los hombres, al contrario. Tratándose de seres humanos, tan difícil era reconocer los distintos tipos.

—En marcha, Gil. Adelante. No vamos camino a un funeral. Ande, apúrese. La voz de la menor interpuso como un chuzo. —Y si encuentro al ladrón, le pego un tiro para Ud. Gil. Ande, despáblese.

Gil la miró detenidamente. Rosamari viajaba bajo el mandato de su madre. Gil notó con desdén que traía

las uñas pintadas, un color vivo, ensangrentado que reflejaba el clavel prendido en las trenzas. El papel que desempeñaba nada le agradó. Pero ella, inconsciente, le sonrió inocentemente.

Vamos al volcán, verdad, Gil? ¡Qué bien! No he vuelto a ir desde la última vez que nos llevó, hace ahora dos meses, inmediatamente antes de . . .

Maristela intervino, dejando indistintas las últimas palabras.

—Oh Gil! Por eso ha traído el sarape! Primera vez que lo veo yo. Y ese dibujo que lleva, ¡qué curioso!

—No lo conoces, Maristela? preguntó Gil. Es el diseño típico de los sarapes de Oaxaca. Su marca distintiva, digamos.

Maristela se sonrió. Ya una vez pasada la esquina peligrosa, podían seguir sin interrupción los comentarios de Rosamari. De pronto, Gil se fijó en los pantalones que llevaba Rosamari, y se lanzó al combate. Rosamari seguía callada, escuchando a medias, más absorta en el surtido de galletas que en la doctrina que le predicaba Gil. Luego abrió la cartera de ante que llevaba y sacó un pañuelo bordado de mariposas verdes. Llevaba dentro la plata que su abuelito le había dado para su cumpleaños; todavía le quedaba el placer de gastarla.

Gil, observándola, comenzó de repente a hablarle duro. Los pantalones los llevaban los hombres. Eran la marca registrada del sexo masculino. Ella no tenía ningún derecho a usarlos. Así se echaba a perder la generación joven.

Rosamari se quedó mirándole, atónita. En su vida le había tratado así Gil. Como si en estos dos meses de retiro en la clínica, se le había trastornado el juicio. Se lanzó ella a la defensa, determinado de tomarle el pelo. Su madre no podría tacharle de falta de respeto en esta ocasión.

—Y sus pantalones, Gil? ¿Cómo se le ocurrió comprar pantalones verdes? Color que lleva las mujeres. Don Gil de las calzas verdes. Vos sos viejo verde, verdad, Maristela?

Ésta tomándole el pulso a la situación, le calmó un poco, la mano en el hombro. El contacto leve de la piel suave, le tranquilizó, y la cara llena de preocupación le indicó a Gil la verdad.

—No sea tan bravo, Gil. Rosamari es todavía una chiquita. Y mi hermana, añadió, en sordina.

Gil contemplaba unos momentos la cara amada, acariciando con su mirada larga la perfección de forma de su

perfil. Los ojos, del fondo de una laguna morada, le incitaban. Los labios, indios, encarnadinos, le ofrecían trémulos, la carne viva de una mujer palpable. Enmarañados así, se quedaron largo trecho.

Frente a la Basílica de Guadalupe se detuvo el coche. Bajaron los tres a hacer votos. Ya había desaparecido el humor negro del momento anterior, y Gil se mostraba toda atención, toda cortesía... Se le notaba como más impaciente en los gestos, más determinado en las pisadas encaminadas a la Virgen.

A medida que se acercaban al volcán, el paisaje iba cambiándose. En lugar de los sembrados de maíz y de papas de la tierra fértil y cultivada, se veían los potreros esparcidos de formas extraordinarias, robles y encinas, torcidos y marchitados, figuras de espantapájaros infernales, ánimas de suplicantes destroncados. Ya la tierra misma se había cambiado. Un color rojizo invadía todo. Cubierta de cenizas vivas en la última erupción del volcán, la tierra quemada se había adaptado a su nuevo estado de ser, y se mostraba tranquila y risueña bajo la capa volcánica que la cubría.

Más allá del Hotel Robert, de repente, se paró el coche. Gil sacó de su bolsillo un pequeño bulto envuelto en papel blanco y lo puso en manos de Maristela con una leve sonrisa de payaso triste.

—Su mamá me mandó esto, le dijo en voz baja. Abierto el paquete, quedó descubierto un objeto diminutivo, brillando bajo su capa de oro. Era un anillo de compromiso.

—Y tú, no lo aceptarías de tu propia voluntad, sin el permiso de tu madre? preguntó.

Maristela, negándole con la cabeza, con sus ojos le indicaba que allá, al fondo de la laguna de su amor, guardaba todavía reservas secretas.

En el silencio, Rosamari empezó a silbar. Era la marcha matrimonial, que terminó con un abrupto desafío:

—No ve Ud. que eso ya no puede ser?

Llegados al volcán, bajaron del coche en la planicie del cráter madre. En la lontanía pacían unas vacas, apaciblemente. Les pareció que el viejo volcán había perdido todas sus antiguas fuerzas. Allá, al horizonte, se alzaba el filo de la montaña, como la columna vertebral de un monstruo glacial, cortando el gris oscuro del cielo con un gesto esgrimidor. Abajo, en uno de los cráteres hijos, se veía el chorro del humo sulfúrico saliendo

de una fumarola. En ese momento, cambió de dirección el viento, envolviéndolos en una nube de niebla nivelesca, nacida de la unión del humo y de la neblina. La cara sofocada, Rosamari corrió en sentido contrario, tratando de escaparla. Un frío le invadió, penetrándola hasta los tuétanos.

Estaban al borde de la laguna del Reventado, aguas verduzcas que llenaban uno de los antiguos cráteres. Detrás se alzaban las vertientes del volcán, deposiciones cenicientas dejadas por el mismo gigante que estaba gargarizándose allí con un líquido verde, caliente.

Se hizo sentir el silencio, interrumpido sólo por los regoldeos del volcán. Maristela se agachó a recoger una piedra que tiró luego al cráter. Rosamari, imitándola, se agachó también. Una roca negra le llamó la atención, una roca negra acribillada de agujeros. Estaba al borde mismo del cráter, cerca de unos lapilli volcánicos de basalto porfirítico. En medio del desierto de arena gris esparcido por helechos cubiertos de flores blancas se destacaba como marca distintiva del volcán, y la niña quería examinarla. Unas grietas en forma del eje de una rueda rompían la superficie. Entre las piedras del rípió, una, más brillante, le llamó la atención. Le pareció una joya, digna de engastar.

—Acaso sirva esa para mi anillo de compromiso gritó Rosamari, animada.

Con una mano agarró los pantalones de Gil que se encontraba cerca, mientras que con la otra se estrechaba... Ya caía la neblina, más espesa que nunca. Gil se retiró del borde del cráter con un movimiento repentino. En seguida en el claroscuro sonó un chillido desgarrador. Maristela, fijándose fascinada en las aguas verdosas de la laguna, moradas en la penumbra, vió aparecer como una rosa al cuerpo de su hermana, todavía en su vestido colorado. No se dió cuenta de que Gil había sacado de su bolsillo un bulto hasta que, con un grito resonante, lo tiró al agua en un paroxismo de rabia.

—Allí va; ahora a acabar la historia.

Luego en las tinieblas dos tiros ahuyentaron las vacas, y apareció al lado de su hermana, flotando en las aguas abandonadas de la laguna, la estrella del mar.

Por las altas montañas no se oían más que el "to, to, to" de un boyero que se echaba potrero adentro en busca de bestias. Mientras tanto, abajo, una yunta de bueyes por las calles de Cartago estrenaban pegada al yugo una pequeña rueda azul que llevaba una sola palabra: Dodge.

Juan Viñas, Costa Rica.

Literatura "Peronista"

Por Alejandro MAGRASSI

(Para el Rep. Amer.)

El «tirano errante» Juan Domingo Perón, al ser permitida la propaganda totalitaria en nuestro país por la tolerancia del actual gobierno, ha hecho inundar las librerías y puestos de diarios con sus libros «La Fuerza es el derecho de las bestias» y «Los Vendepatrias» que no constituyeron un suceso porque vendidos a treinta pesos tuvieron que rebajarse a diez y ni aún por menos se venden pues en el primero acusa a la masonería del desastre del país y en el otro a los comunistas, todos ellos sus aliados.

Pero no es esto lo que constituye una literatura inferior de propaganda sino los cientos de libros de autores que florecieron en la época peronista y que hoy tienen su asilo en el nuevo diario «El Nacional», «Qué», «Línea Dura» y «Palabra Argentina». Estos literatos de nuevo cuño como José Gobello por ejemplo, teñidos de «por-

teñismo» se caracterizan por su desprecio a la cultura prefiriendo entre un cuadro de Picasso y el tango «Malévaje», el último.

Los peronistas que gritan en sus manifestaciones: «libros no, alpargatas sí» y los que decían con el suicida por desesperación, Discépolo, «lo mismo es un burro que un gran profesor» se caracterizan por la burla inferior y grosera a estilo de «la patota», que no va solamente contra lo solemne y ridículo, sino que se extiende a lo serio y honrado.

Lic. Aníbal Arias R.

Abogado y Notario
San José, Costa Rica
Apartado 2352

Lo mejor de la República está en el interior, y estos representantes de una literatura de asalto es de lo que más se burlan. Rega Molina, crítico-agresivo y gran poeta, fué uno de los iniciadores de esa corriente estética y lo siguió Martínez Estrada, que a la vez fué acusado de anti-peronista por Arturo Jauretche en «Los Profetas del Odio», sin que ninguno de ellos, haya podido substituir al gaucho que todos los argentinos llevamos dentro, por el «compadrito» del arrabal por-

teño, hechura de un Gardel que fué a la vez de procedencia francesa...

La literatura tendrá siempre su mejor representación en el hombre y la mujer del interior de una raza menos mezclada con la europea, que en el pasado fué el modelo, antes que el «malevo» y el «patotero» de la capital.

Alejandro MAGRASSI.

Buenos Aires, 31 Agosto de 1958.

Noticias de Alberto Baeza y algo más sobre Gabriela

Por Marino MUÑOZ LAGOS

La gentileza de nuestro amable colaborador y amigo, don Francisco Galetovic, al proporcionarnos los últimos números de «Repertorio Americano», cuadernos de cultura hispana editados en San José de Costa Rica, nos ha deparado gratas sorpresas. Una de ellas, la constituye la noticia que el poeta chileno Alberto Baeza Flores, actualmente en la Habana, Cuba, nos entrega en «Carta sin regreso a Gabriela Mistral», homenaje lírico que el andariego Baeza Flores le rinde a la insigne poetisa chilena.

Hemos encontrado un pequeñísimo boceto de Alberto Baeza Flores, cuando de él se nos dice: «Alberto Baeza Flores y Juan Arcos, se alían en un libro y se individualizan en «Ánimo para Siempre» y «Vitalidad para el Ser», respectivamente (1938); Baeza, en su primer libro, «Experiencia de Sueño y Destino», es más artífice que en «Ánimo para Siempre», que pretende coger la hora revolucionaria...» (Datos consignados en «Crónica Mínima de una Gran Poesía», de Andrés Sabella, Editorial Nascimento Santiago de Chile, 1941, (página 36).

Siempre conserva Baeza Flores el encanto fresco de la palabra en sus versos dedicados a Gabriela. Es la misma entonación de todos los poetas que surgieron en las cercanías del año 1940; sino de todos, de la gran mayoría. Hay una emoción velada que da a este poema un ritmo de sinceridad, pese a lo impuesto de su médula central.

Leámosle sus versos iniciales:

«Gabriela: te has dormido, pero ahora tu sueño | es como un largo

viaje para no regresar. | No diré que te has muerto sino que va tu ensueño | hacia un país de ausencias por infinito mar.

«Dormirte a í, Gabriela, lejos del valle amado, | lejos del sol querido, del verano de miel, | debe ser como angustia que llega de un pasado, | un sollozar a solas en una niebla cruel.

«Nevaba en el silencio como allá en Punta Arenas, | y era un lento canjuro de cristal y de flor. | La nieve fue tejiendo un sudario a tus penas | y ya no tuvo lágrimas tu paisaje interior».

Poesía sin complicaciones. La música del verso nos entrega la calma de este espíritu lejano de Chile, pero no alejarlo del todo. Alberto Baeza Flores cultivó la amistad con Gabriela. De ahí el ritmo de diapasón, con lentitud casi abismante. No es la poesía que guste a los exigentes, pero tendría sus partidarios en los amantes del verso diagramado a la par con el sentimiento:

«Siento ante tu retrato que, acaso, andas ahora | pastoreando mañanas a la sombra de Dios. | Hay en el corazón una lluvia que llora... | Nunca, nunca, Gabriela, te diremos adiós»

El poeta que es Alberto Baeza Flores, noticiado en el arancel lírico de Chile, no olvida sus dos primeras amanecidas: «Experiencia de Sueño y Destino» y «Animo para Siempre».

Es una gran alegría.

Sigue siendo fiel entonces, a las dulces llagas que mortificaron a Baudelaire, a Edgar Allan Poe, a Rubén Darío, a Carlos Pezoa Véliz.

Es decir: LA POESÍA.

REVISTA IBEROAMERICANA

Publicación dedicada al estudio y a la difusión de las letras iberoamericanas.

Director Literario:

Arturo Torres-Rioseco.

Director Editor:

Alfredo A. Roggiano.

Pedidos a:

Marshall R. Nason,

Secretario Ejecutivo.

UNIVERSITY OF NEW MEXICO.

Albuquerque, New Mexico.

E. U. A.

El "Sputnik III"

Por Blanca LIDIA TREJO

(Envío de la autora)

—A mí no me interesa nada de los Sputniks, ni de muchas otras cosas— decía hace poco una artista de cine— a mí lo que me interesa son buenos contratos y . . . que ruede la bola . . .

Tal manera de expresarse revela como esta mujer, y muchas otras que por su trabajo tienen la obligación de tener cultura, aunque sea mínima, viven ajenas completamente de cuanto vibra en el mundo. Quienes pertenecemos al siglo XX, hemos vivido en forma tan acelerada, los acontecimientos científicos y las creaciones artísticas tomaron tanto auge después de la primera guerra mundial de 1914, que podríamos decir que hasta esa fecha, terminó el siglo diecinueve.

Pertenecemos, pues, a la época de los Sputniks y de la televisión, lo preponderante en nuestros días, y sin embargo, hay en el mundo demasiado dolor. ¿En dónde encontrar la bondad? Por doquiera, las expresiones nos presentan el más duro egoísmo. Por otra parte, ¿cómo se comprende que el saber puede no ser bueno y que el poder sin límite cuando es sabio, pueda presenciar impasible el mal? Para que el talento del hombre se halla desarrollado hasta el grado de penetrar en el reducto del Macrocosmos, indudablemente que ha disfrutado de una atmósfera de paz, de seguridad, sin apremios económicos que le ha permitido razonar ampliamente, discurrir, crear, descubrir, razones poderosísimas de la existencia. El Universo que ahora se está descubriendo ¿es acaso como la tierra un valle de lágrimas?

mas? ¿Es un Universo doliente sin esperanzas? ¿Dónde, entonces, el refugio, del pensamiento atormentado?

Sin embargo, hay algo que nos hace, no sólo tolerable, sino amable la propia existencia. No pesa el haber vivido, cuando existe la facultad de pensar, la facultad de amar, de crear, y cuando hay un sentimiento del deber. ¿Qué importa habitar la más pequeña y atormentada de las partículas de polvo sideral, si llevamos encendidos el cerebro y el corazón? Lo único que anhelamos es que el desarrollo de el talento y de la inteligencia del hombre no sirvan para la destrucción de la especie humana, ni de las bellezas que contiene nuestro mundo, por el contrario, si el ángel y no la bestia hubieran enseñoreado de la tierra, la energía atómica serviría para dar fuerza a industrias, mientras el hombre podría cultivarse intelectualmente, y la producción, satisfacer las necesidades de grandes núcleos humanos, en vez de ser acaparada la producción por unas cuantas manos, dueñas de todos los recursos que el hombre ha acumulado en el proceso de los siglos.

Y esta vida, libre de tribulaciones y absurdos, la humanidad merece vi-

virla. En el cuento de Voltaire, «Micromegas» el hombre habla al gigantesco habitante de Marte, que lo tiene con todo y su barco en la palma de su mano, mirándolo como a un insecto ruín y despreciable:

¡«Este grano de polvo me ha medido!»

Es verdad. El terrícola mide ya los espacios interplanetarios y este poder, esta fuerza, si se emplea para la paz humana, y no para el engrandecimiento y el avasallamiento de otras naciones y pueblos, puede quitar el pesimismo expresado en las lúgubres teorías de Nietzsche, Schopenhauer, Hartmann y otros, mirar la existencia como un don inapreciable y solazarnos con los optimismos rientes de Ruskin, que nos puede alumbrar con el fulgor de sus siete lámparas.

Preocupación por los frijoles, sí, pero también por las más altas creaciones y descubrimientos del ingenio humano como los «Sputniks», signos de nuestro tiempo. Que en nuestro Universo interior, debe haber, por razón de la vida misma, un gran amor y un gran interés por todo lo creado y por las angustias y los esfuerzos humanos.

Análisis de una Emoción

Por Ramón ROMERO

(En *Rep. Amer.*)

Se me hizo corto un día en presencia de una tela de Juan Vermeer, la Vista de Delft, un puerto maravilloso, de aguas marinas puras, muelles solitarios, dos mujeres en una punta de playa, barcas desmanteladas, penumbra abajo a ras de tierra, y por efecto de la luz se ven las altas torres con sus ojivas y sus líneas, todo dentro de un aire estático, opalino, y diáfano, a veces, en la altura del paisaje.

Tela antigua, una visión de Vermeer, con toda la belleza de los colores propios de la naturaleza de las cosas. Bien que allí en el paisaje se admira lo que el artista vió en un día cualquiera, el abandono de las barcas, los mástiles firmes, los velámenes cerrados, la bruma sobre la tierra, y el agua marina azul, todo eso muerto, pero por el efecto del color, con la misma vida que contempló el pintor.

Me agradaba admirar ese paisaje, estar ahí dominado por un deleite que me llegaba con más o menos intensidad desde la tela en su conjun-

to y detalles de la escena. Ese deleite impreciso muy semejante a una emoción suave, de grata presencia, rondando en mis ojos, porque ellos recibían del exterior la manifestación real de las cosas trasladadas al lienzo por el genio del artista. A medida que mi curiosidad se detenía en la barca solitaria pensaba en los mares profundos donde ella había pasado, ebria de espanto, sorteando las fuerzas del viento y las malignas sombras escondidas en el vientre de las aguas y en el seno de las tempestades. Las torres altas recuerdan la música melancólica de los campanarios y los muelles solitarios algo muerto abatido por el mar.

Ese embrujo de la emoción lo producía la belleza serena y magnífica del paisaje, como cuando se mira un crepúsculo con sus minaretes de fuego y sus contornos de ópalo. Se produce, entonces, una embriaguez propia del espíritu con prescindencia total de los sentidos.

Una suscripción al *Rep. Americano* la consigue Ud. en Chile, con
GEORGE NASCIMENTO y Cia.

Santiago, Casilla Nº 2298.

En el Salvador, con el

Prof. ML. VICENTE GAVIDIA

En el Liceo Santaneco
Santa Ana

Una tela muy antigua con esa opacidad que dan los años a las cosas, pero firmes el color y los contornos de los edificios, de las luces y las sombras. En la presencia de ese conjunto animado y ese más allá denominado perspectiva, surge en el espectador, movido por la emoción que produce la belleza, el poder del análisis, esa agitación del espíritu que pretende retrotraer la vida actual a las épocas muy lejanas que vivió el autor del paisaje, de cómo eran las ciudades y las cosas de su tiempo. El poder de la mente, como función del alma, sirve para entrar en el pasado y en los castillos interiores de los artistas desaparecidos.

Esa dualidad puramente mental ha de ser lo que forma la vocación hacia la historia, la posibilidad de ver la tradición, la escuela, el genio del pintor o escultor en la obra maestra, porque viéndola, observando la escena, la delicada poesía que las anima, las fachadas antiguas, todo eso envuelto en una gasa de niebla abajo y la luz arriba, ese desdoblamiento permite comparar lo pasado y el presente para comparar la obra que se hizo hace varios siglos. Era el ideal de la vida lo que ese artista detenía en el tiempo, un tipo de belleza nacional y vernáculo que aún hoy con la distancia podemos comprender.

Es posible resucitar ese gusto por el vino añejo de aquella época en presencia de una tela inmensamente rica en colores donde aprisiona el pintor el vuelo de esas criaturas del aire, las gaviotas, la palpitación de la ola, y la serenidad de la tierra. En tal momento la mente se va vaciando en el presente y en el pasado para rodearse luego de esa idealidad maravillosa que resuelve la ecuación de muchas vidas en uno mismo.

Con toda la plenitud del paisaje entra la belleza convertida en gozo en

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA IBERO-AMERICANA

... "y concebí una federación de ideas." —E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. —José Martí.

"Entre los individuos como entre los pueblos el derecho al respeto es la paz." B. Juárez.

"Bárbaros, las ideas no se matan", —repitió Sarmiento.

Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera. —Bolívar.

Exterior:

Suscripción anual:

\$ 5 dólares

Giro bancario
cobrable en los
EE. UU.

Teléfono 3754

Correos: Letra X

J. García Monge

Editor

En Costa Rica:

Susc. anual: ₡18.00

nuestros ojos. La belleza en la audición tiene sus variaciones; nos conmueve algo extraño y alado con mayor o menor intensidad. La Pastoral de Beethoven va ascendiendo en los movimientos orquestales, y los acordes, llenos de gracia y de ternura nos llevan a las lágrimas o a la desesperación. Es una belleza larga, majestuosa, terriblemente encantadora.

Otros canalizan el placer en la investigación científica con ese conmovedor ejemplo de valor en esa lucha humana por el descubrimiento. El incomparable Freud, uniendo esos profundos acordes de una sinfonía, la disciplina del espíritu y la bondad de corazón. Piensa que los secretos arrancados al alma humana pertenecen a todos los idiomas y a todas las generaciones.

Marcel Proust, el poeta de la memoria, encuentra el placer buscando en el tiempo perdido la manera de recuperarlo con verismo estremecedor. Durante quince años dejó correr los días de una existencia sin sentido, pero lo que veía en los salones, esas naderías volanderas, las anotaba cada noche en su memoria. En sus últimas horas analizó su caso y escribió esas cuartillas que aprisionan con pasión detalles y recuerdos de los personajes de su historia.

Walt Whitman busca en los seres la historia de la Humanidad, el drama, el valor, la alegría de la vida. Un amigo lo describe así: «El espectáculo real, tal como yo lo ví, de este hombre, cruzando por entre los mutilados, los rostros lívidos, los desesperados, los agonizantes, con todo lo que ocurría y se intercambiaba entre él y los pacientes— muchos de ellos casi unos niños— ninguna pluma, por hábil que sea, puede talvez pintarlo. Su magnetismo era increíble e inagotable. No es esto una metáfora, sino un hecho más profundo que las palabras. Los ojos cobraban un resplandor nuevo a su aproximación; las palabras fútiles que él pronunciaba infundían una onda de vigor; un aire reconfortante parecía llenar la sala y neutralizar los malos olores...»

Si el poder de una emoción produce en el ser el fenómeno del desdoblamiento, ese retroceso hacia el pasado, resucitando lo acaecido con el anhelo de hacer surgir la vida de lo que fué detenido en la tela maestra hay que suponer que ese sea el fundamento de las escuelas nuevas que tratan de explicar con la pintura los sueños y las manifestaciones del alma en las horas del profundo reposo. Lo raro es que tales formas en estado de vigilia sean muy semejantes a un viaje hacia otro mundo y se vea lo que realmente ha sucedido, como el caso de Goethe, una historia muy curiosa, relatada por su criado Stadelmann. Una noche, Stadelmann, respondiendo a un imperativo campanillazo, llega al aposento de su señor y lo encuentra sentado en su lecho. Goethe le pregunta: ¿No has visto nada en el cielo? Stadelmann no ha visto nada. Goethe hace sentar a su criado en su lecho y le cuenta que acaba de ocurrir en el mundo, en ese momento, un terrible temblor de tierra. ¿Cómo pudo darse cuenta del sismo de Mesina que, a la misma hora, tan lejos de Weimar, hacía tantas víctimas?

Goethe, refinado catador de la emoción, nos dice con una elocuencia singularmente conmovedora: «La primera página que he leído de Shakespeare me ha hecho suyo para toda la vida, y cuando hube terminado una de sus obras me asemejaba a un ciego de nacimiento al que una mano poderosa da instantáneamente la vista. Ví, sentí, de la manera más viva, que mi existencia se había ensanchado infinitamente; todo era para mí desconocido y una claridad a la cual no estaba acostumbrado hería mis ojos...»

Una suscripción al **Rep. Americano**
la consigue Ud. con

MATILDE MARTINEZ MARQUEZ

LIBROS Y REVISTAS

Avenida Los Aliados N° 60

APARTADO N° 2007

TELÉFONO FO 2539

La Habana, Cuba

Impreso por *Editorial Aurora Social Ltda.*

Ese deleite se experimenta al visitar una iglesia grande con sus capillitas apiñadas y se miran las paredes antiguas teñidas con esa capa herrumbrosa del tiempo, los relicarios de oro formando el tejido los ensueños de los artistas, y las pálidas flores que hablan de pasiones extinguidas.

En el conjunto y en los detalles hay una belleza indefinible siempre fugitiva para el concepto de la emoción. Acerca de ello dice Walter Pater: «La definición de la Belleza deja de tener sentido y de ser útil en proporción de su abstractividad. Definir la Belleza, no en los términos más abstractos sino en los más concretos posibles; hallar no su fórmula universal, sino la fórmula que exprese más adecuadamente ésta o aquella especial manifestación suya es el objeto del verdadero estudiante de estética... La pintura, el paisaje, la persona interesante en la vida, un libro, las montañas, valen, como hablando de una hierba, de una piedra preciosa...»

Emerson habla de una emoción con gratitud a la vida. «En otras horas, dice, la naturaleza nos satisface con apacibilidad y sin mezcla alguna de beneficio corporal. Yo contemplo el espectáculo de la mañana desde lo alto de una colina que está frente a mi casa y si un ángel pudiera participar de las emociones que experimento cuando sale la aurora y se levanta el sol, también sería muy feliz...»

La emoción de Emerson, matizada de un aspecto religioso, me trae el recuerdo de otro lienzo extendido en la pared de un museo donde aparece Jesús a la orilla de un pozo de construcción hebrea, frente a una mujer alta y esbelta, en actitud de pedir un poco de agua. En los espacios que sirven de escenario aparecen los espectros de las flores caídas insinuando la alegría de una amable conversación, o una música delicada de palabras bajo la sombra de un follaje donde se cuele esa luz de la mañana con tono violáceo. Parece que dice Jesús con su mirar sereno: «Vuelve al pueblo y habla de las cosas que van palideciendo en este mundo».